

José María de Pereda

José María de Pereda nace en 1833 en Polanco, pueblo muy cercano a Santillana del mar.

Disfrutó en Madrid de la vida de estudiante, siendo testigo de la Vicalvarada de 1854.

En 1864 publica Escenas montańesas; en 1885 Sotileza y en 1895 Peñas arriba.

Galdós y Pereda

La amistad entre estos dos hombres se puede calificar de entrañable.

Pereda era algo mayor que Galdós y, además, tenemos “las ideas” del católico santanderino, tan “superiores” al pensamiento del liberal canario.

Pero ese sentimiento de superioridad que pueden dar la edad y las ideas sensatas y acrisoladas, no impiden al gran escritor montańés admirar al que es, sin duda, el más grande de los escritores españoles, por detrás de Cervantes, claro.

Y con estos elementos dispares se va construyendo una amistad en ambos sentidos y perfectamente equitativa.

Cuenta Benito Madariaga que en la Iglesia de San Vicente de la Barquera, ante la estatua yacente de Antonio del Corro, exclamó Pereda mostrándole a Galdós: “ahí le tienes, ¡échale a la hoguera!” Por supuesto se trata del inquisidor Corro que no debemos confundir con el protestante Antonio del Corro, al que Menéndez Pelayo etiquetaba como “Corro el hereje”.

Homenaje

Con motivo de su grave enfermedad en 1904, escribe Enrique D. Madrazo en el diario El Cantábrico del 14 de Mayo:

“A Pereda se le podrá discutir como filósofo, como espíritu religioso, como político, como psicólogo, pero discutirle el sentido de la belleza, su alma artística, eso no se puede admitir, ni cabe en más cerebro que en el de la más furiosa intolerancia...”

Pedro Sánchez

En 1883 publica la novela “Pedro Sánchez”.

Pedro Sánchez, impulsado por don Augusto Valenzuela, se desplaza a Madrid.

Sabemos del viaje en diligencia atravesando Reinosa... se sube Guadarrama, y bajando aparece la capital.

Pereda, perdón Pedro, ofrece del viaje amenos detalles: “en un pueblo, pasada Palencia, nos detuvimos a comer... tras de los clásicos garbanzos, pollos y palominos en varios condimentos, queso ovejuno, dulce de membrillo y una infusión de salvia que allí denominan té”.

Pedro, es decir Pereda, remata observando la exactitud con la que recuerda estas cosas al cabo de tantos años, y confesando el temor de que no las acepten de buen grado los jóvenes que hoy (1883) van en diez y ocho horas de Santander a Madrid, en cómodos vagones de ferrocarril.

En el viaje conocemos a Serafín Balduque.

Ya en Madrid tenemos a Pedro en la mansión de los Valenzuela.

Y luego en el Ministerio, visitando a don Augusto, pero resulta que está ocupado.

Y tenemos a Pedro trabajando en un periódico.

Y tenemos la Vicalvarada.

Y tenemos a Pedro en las barricadas madrileñas.

Y llega a Madrid Espartero.

Y Pedro se vuelve a La Montaña: la Puerta de Hierro; cruza el puente de San Fernando....

Y vuelta a Madrid.

Y tenemos un ejemplo magnífico de corrupción.

Y la caída de Espartero.

Y tenemos a Pedro saliendo de Madrid por la carretera de Andalucía.

Clarín

La recepción de la novela es excelente.

Pérez Galdós escribe a su amigo: "Pocas novelas he leído (y españolas seguramente ninguna) que me hayan agradado tanto. Créalo usted, tanta sencillez unida a tanta verdad y belleza me tienen admirado..."

Son muy positivas las críticas de José Ortega Munilla, Clarín y Emilia Pardo Bazán.

Arturo Campión dice: "La narración de Pedro Sánchez es tan verosímil, compendia tantos hechos reales que cada uno de nosotros directamente conoce que parece una biografía".

Menéndez Pelayo dice, implicando al propio Pereda en su opinión: "una novela... que al autor y a mí nos parece la peor o menos buena que él ha hecho, pero que los críticos, y a su frente Clarín han declarado la mejor de todas, llegando a graduarla de obra maestra".